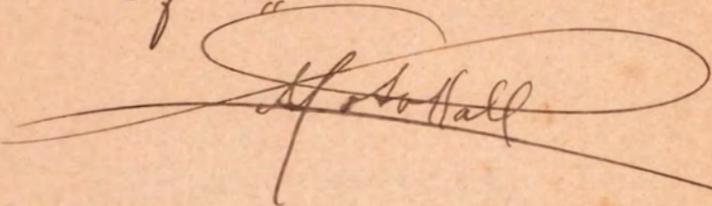
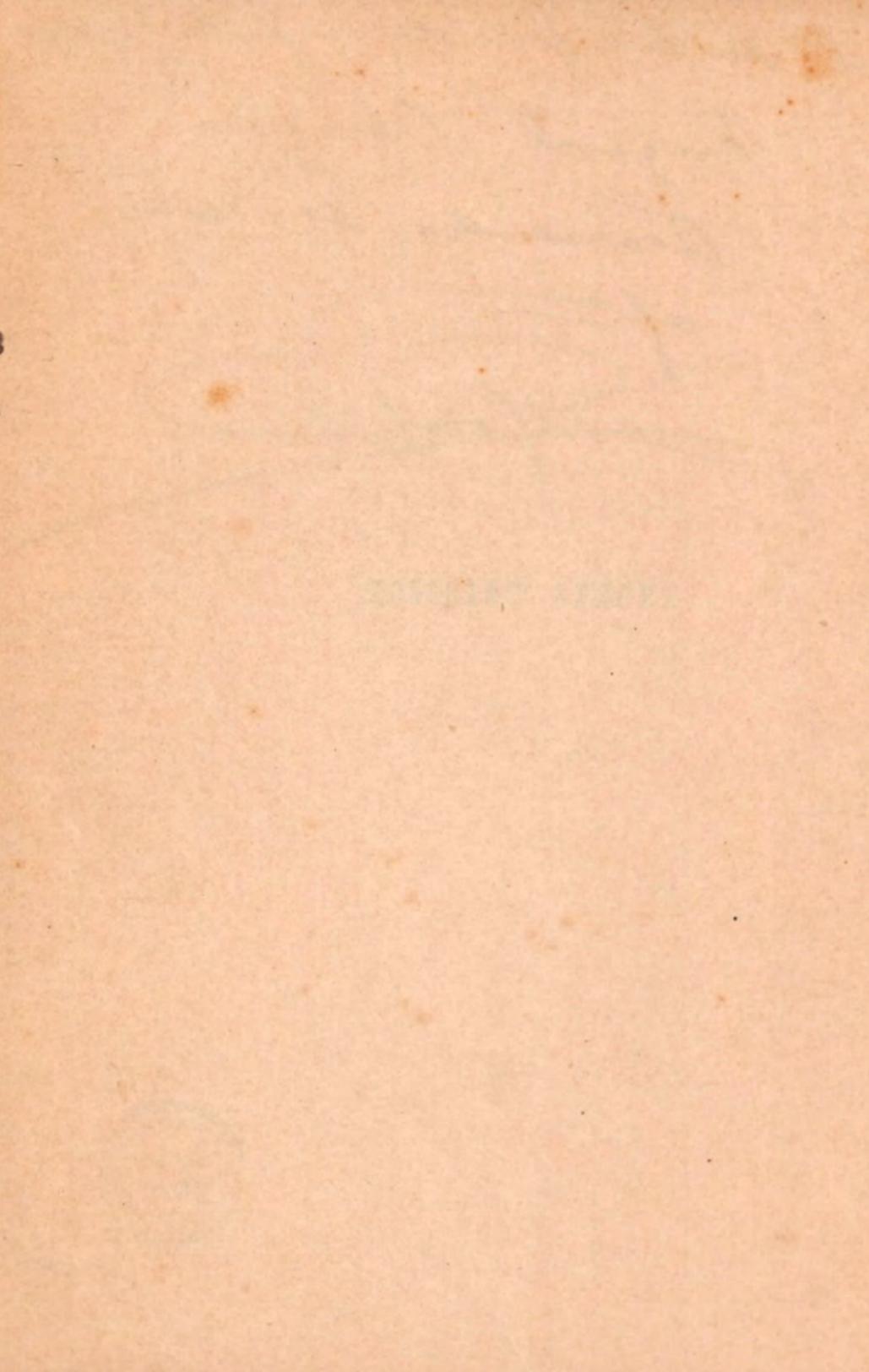


al distinguido pedagogo
D. Miguel Obregón
Recuerdo de su
af^{mo}


AMORES TRAGICOS





Máximo SOTO HALL

Margarita

? - 1944

AMORES TRAGICOS

P O E M A

1898

SAN JOSE DE C. R.—A. C.

GRAY IMPRENTA Á VAPOUR Y CASA EDITORIAL DE ALFREDO GRENZ

C.R.
861.6
S 71 Pa
CE

CENA
861.6
S718am
C.R.

3464

0000150284



SEÑOR LIC. D.

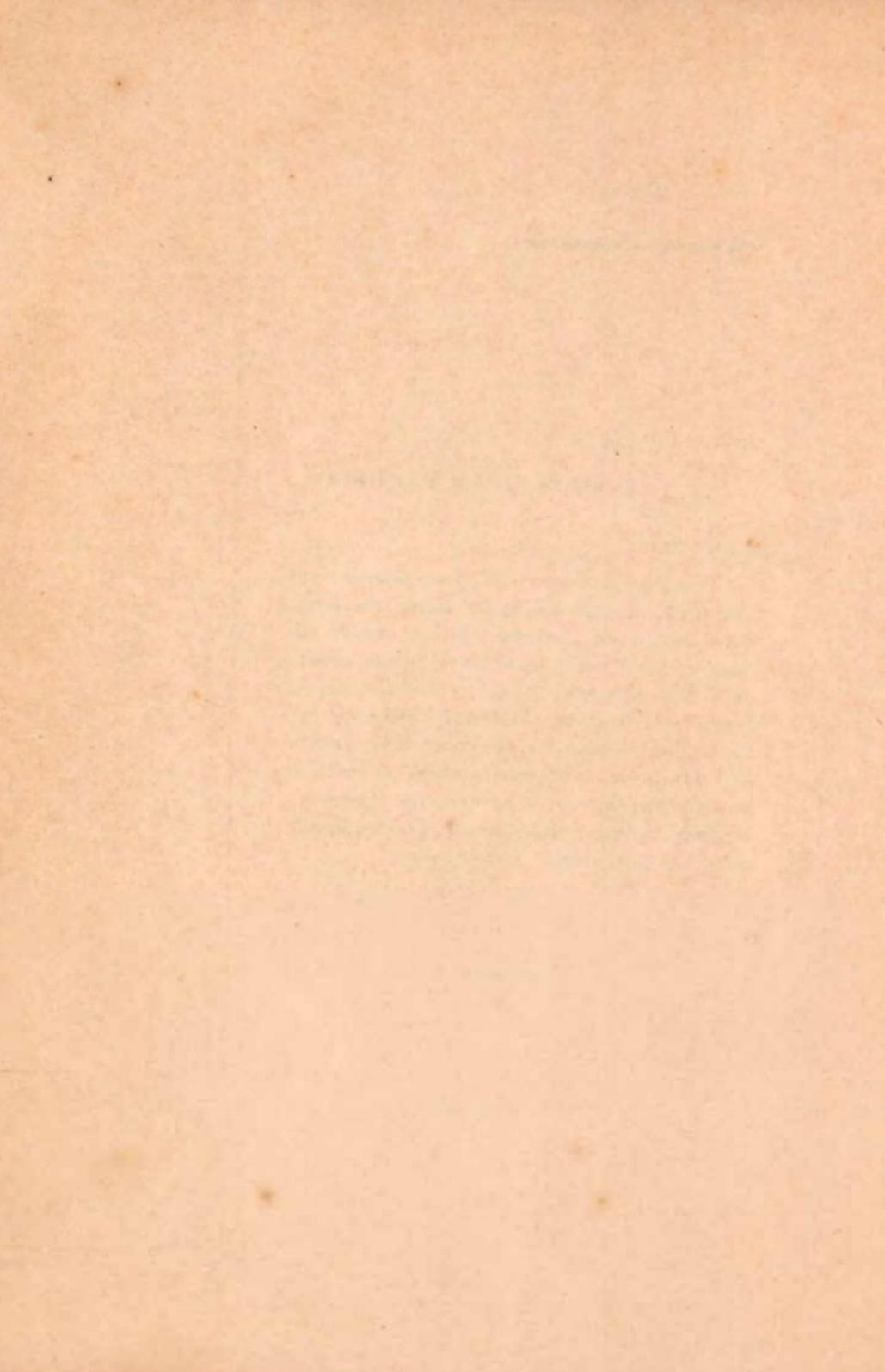
J. MARCELINO PACHECO.

Amigo mío:

Con gusto dedico á Ud. este poema, pálido fruto de una ímproba labor literaria. En él he querido ceñirme, hasta donde alcanzan mis escasas facultades, á los procedimientos literarios de mi excelente amigo, Zorrilla de San Martín, á quien admiro como á uno de los primeros poetas de América. Pongo mi obra en manos de la crítica. Su fallo favorable ó adverso me tiene sin cuidado. Desea, únicamente, que le agrade a Ud., su muy afmo. S. S. y amigo

M. SOTO HALL.







CANTO PRIMERO

I

COMO garza morena que de un río
Dormita en la ribera,
Y al susurrar constante de las ondas
Con los encantos de su nido sueña ;

Sobre duro peñón que el mar hirviente
Con sus espumas riega,
Alza un castillo su fachada obscura
Bordada por los musgos y las hiedras.

En el cristal movable de las aguas
Temblando se refleja,
Cual de un recuerdo la borrosa imagen
Cuando en la mente á disiparse empieza.

Ay! ese mar tan apacible, á veces
Sacude su melena
Como león furioso, y en sus olas
Cabalga aterradora la tormenta.

Aguila prisionera que si agita
Sus alas gigantescas,
Las naves que lo surcan, en pedazos
Contra las rocas de la playa estrella.

Y cuando vuelve la perdida calma
En confusión ostenta
Los pálidos cadáveres, los remos,
Los mástiles, las jarcias y las velas.

Frases mudas que cuentan los horrores
De un sangriento poema ;
Revelación de lágrimas vertidas
En medio del dolor y la miseria.

Historias que doblegan nuestro orgullo,
Mostrando la impotencia
Del hombre que batalla, y que no puede
Vencer á la feroz naturaleza.

II

No sólo el triste buho
Que rasga con sus alas las tinieblas,
El nervioso reptil y la gaviota
Han hecho entre esos muros su vivienda ;

El conde Eurico de Alba,
En unión de su hija Doña Berta,
Ese castillo solitario habita
Alejado del mundo y sus grandezas.

En esas soledades
El conde busca para su alma enferma
La perdida salud, busca el olvido ;
Pero el olvido, por su mal, no llega !

Sólo un amor acarició su alma,
Unico amor que originó sus penas ;
Recuerdos de ternuras nunca extintas,
Recuerdos de congojas nunca muertas.

Visiones que le acosan incesantes,
Eternas compañeras
Que están con él cuando la aurora raya,
Y están con él cuando la noche llega.

III

Con qué intensa pasión, con cuánto anhelo
Se rindió á la condesa,
Cuando aun cruzaba por el puente de oro
Que une la juventud con las quimeras.

Era gentil y pálida
Cual las visiones dulces con que sueña
El magnate oriental que entre cojines
A los delirios del haschits se entrega.

Lirio de blancos pétalos
Que entre su cáliz marfilino lleva
Los perfumes que embriagan si se aspiran,
Las mieles que al probarlas envenenan.

IV

Los juramentos ante Dios; la epístola
Que con férreo eslabón dos almas junta,
La bendición del cielo sobre el lazo
Que no puede romper más que la tumba,

Al fin colmaron sus ensueños de oro
Las celestes venturas
Que acariciara en sus insomnes noches,
Como al niño infeliz la madre viuda.

Y comenzó el poema! Los momentos
De las dichas ocultas;
Las horas de placer interminables,
Voces sin ritmos, cloacencias mudas.

Días en que las almas
Sólo parajes apartados buscan,
En donde ni las aves sus coloquios
Con plácidas canciones interrumpen;

Cuando las frases huelgan,
Porque sólo se escucha
Lo que dicen los ojos que se miran,
Lo que expresan las bocas que se juntan.

V

Cuántas veces en tanto que en el cielo
Derrochaban sus luces las estrellas,
El conde sin dormir, mudo y absorto
Contemplaba dormida á la condesa.

¡Cuán hermoso es un ángel cuando duerme!
¡Y cuánto más hermoso si despierta
Al sentir en sus labios entrejuntos
Un beso que el amor temblando deja!

¡Cómo se animan las marmóreas líneas
En el reposo, impávidas, serenas,
Y se entreabren los ojos en la sombra
Como se abre una flor en las tinieblas.

Y sentimos los brazos que nos buscan,
Los labios que nos besan,
Y el caliente perfume que despiden
Al moverse las sábanas discretas.

VI

Se han enlazado estambres y pistilos,
Se ha confundido el polen :
Un nuevo arbusto su follaje ostenta
Sobre un tapiz de agonizantes flores.

Dos notas reunidas en el aire
Han formado un acorde ;
Entre los mimbres del caliente nido
El *pío, pío* del polluelo se oye.

Es un día de fiesta, de ventura,
En el hogar del conde :
Ha nacido una niña de tez blanca
Y pupilas oscuras cual la noche.

Es por el rostro bella
Y por la estirpe noble ;
Tiene como la madre cutis pálido,
Y como el padre helénicas facciones.

Es seguro que á orilla de su cama
Han llegado los Dioses
A celebrar su arribo, y á ofrecerle,
Como presente, celestiales dones.

¡ Todo sonríe en la esplendente alcoba ;
Pero á lo lejos se oye
De una lechaza el tétrico graznido
Rodando en el silencio de la noche !

VII

El sol entre las ramas ondulantes
Filtra sus áureos hilos ;
Forma la luz caprichos con la sombra,
Y es nido de gorjeos cada nido ;

Sobre la serpentina enredadera
Se mecen los racimos
De flores, como copas, donde bebe
Sediento el pieafior néctar divino ;

Las encarnadas rosas son mejillas
De rubicundo niño,
Y tiemblan en sus pétalos de néctar
Como llanto las gotas de rocío ;

El púrpureo clavel al sol ostenta
Su ropaje encendido,
La margarita su medalla de oro,
Y su neva la transparencia el lirio ;

Resaltan por doquier los tulipanes
Con sus colores vivos,
En tanto que la tímida violeta
Busca en las hojas misterioso abrigo ;

En la fuente de mármol salta el agua
Con monótono ritmo;
Cae de copa en copa salpicando
El musgo que en los bordes ha crecido,

Y al descender al vasto recipiente
Queda en reposo el líquido:
Lo agita sólo el pez de escamas de oro
Y el cisne con su pecho alabastrino.

En el jardín la primavera hermosa
Sus galas ha vertido;
Parece aquel lugar, por sus encantos,
Imagen del perdido paraíso.

.....

Sobre las calles de movable arena
O en el césped mullido,
Retoza Berta, la preciosa niña
De negros ojos y mirar divino.

En rústico sillón de ramas hecho
El conde observa fijo
Los juegos de la niña, y sigue atento
Sus infantiles caprichosos giros.

Ya teme que el rosal hierirla pueda,
Ya que insecto atrevido
Corte su fina piel, ó que su planta
Resbale sobre el césped movedizo.

A cada movimiento, á cada frase,
A cada nuevos gritos,
Siente saltar su corazón y encuentra
Su ardiente fantasía algún peligro.

La condesa, entre tanto, mira al cielo,
Contempla el infinito,
Y vaga en sus ensueños, como vaga
En el azul el pájaro perdido.

¿ En qué piensa ? ¿ Qué sombras
El maternal cariño
Eclipsan en su alma ? ¿ Por qué han muerto
Los nobles sentimientos en su espíritu ?

¡ La diosa fantasía
Teje con áureos hilos
Románticas historias en su mente,
Que abrillanta el pecado con su hechizo !

Los dulces goces del hogar comienzan
A causarle fastidio ;
Halla su nido estrecho y busca ansiosa
Otro árbol, otro bosque y otro nido.

Sueña con un poeta y con los cantos
De su plectro magnífico.
En el último baile hermosas frases
Audaz el trovador vertió en su oído.

Esas frases que atraen, esas frases
De misterioso ritmo,
Que llevan una chispa entre sus alas
Y convierten en fuego hasta el granizo.

¡ Crece su nuevo amor y se deshacen
Sus amores antiguos ;
Del ángel huye y con Satán avanza
Hacia la negra boca de un abismo !

VIII

Es alta noche. La campana triste
Lanza, desde la cima de la torre,
Doce tañidos que vibrando pasan
Por el aire tranquilo de la noche.
 ¡ Despedidas del tiempo,
 Misteriosos acordes
Que llevan á la mente del que vela
Amargas y profundas reflexiones !

Junto á la cuna blanca de la niña
Está la madre. Con temor descorre
El espumoso pabellón. Un beso
Entre los labios de su Berta pone ;
 Un beso largo, ardiente,
 Que enciende con su roce ;
Ultimo adiós de un ángel que se arranca
De la virtud las alas, y las rompe.

Y la vuelve á besar. Profuso llanto
Por sus mejillas sonrosadas corre,
Hasta bañar el rostro de la niña
Que acaso con su madre sueña entonces.
 Y la besa, la besa con delirio,
 Y entre sus manos coge
Aquella cabecita en que sus besos
Ya no será posible que se posen.

Y la llama el deber ; pero ella escucha
Del poeta los versos seductores.
En vano mira á Berta, en vano mira
Dormir tranquilo y descuidado al conde.
 Ya el crimen la detiene
 En sus férreas prisiones,
Y la guarda en su red, como al insecto
La araña entre sus hilos tornasoles.

Al fin se aparta de la blanda cuna !
El cruel remordimiento le corroe
El agitado corazón, y mira
Alzarse un porvenir lleno de horrores !
 Tranquila duerme Berta,
 Tranquilo duerme el conde,
Sólo ella vela, la que tiene en su alma
Pensamientos más negros que la noche.

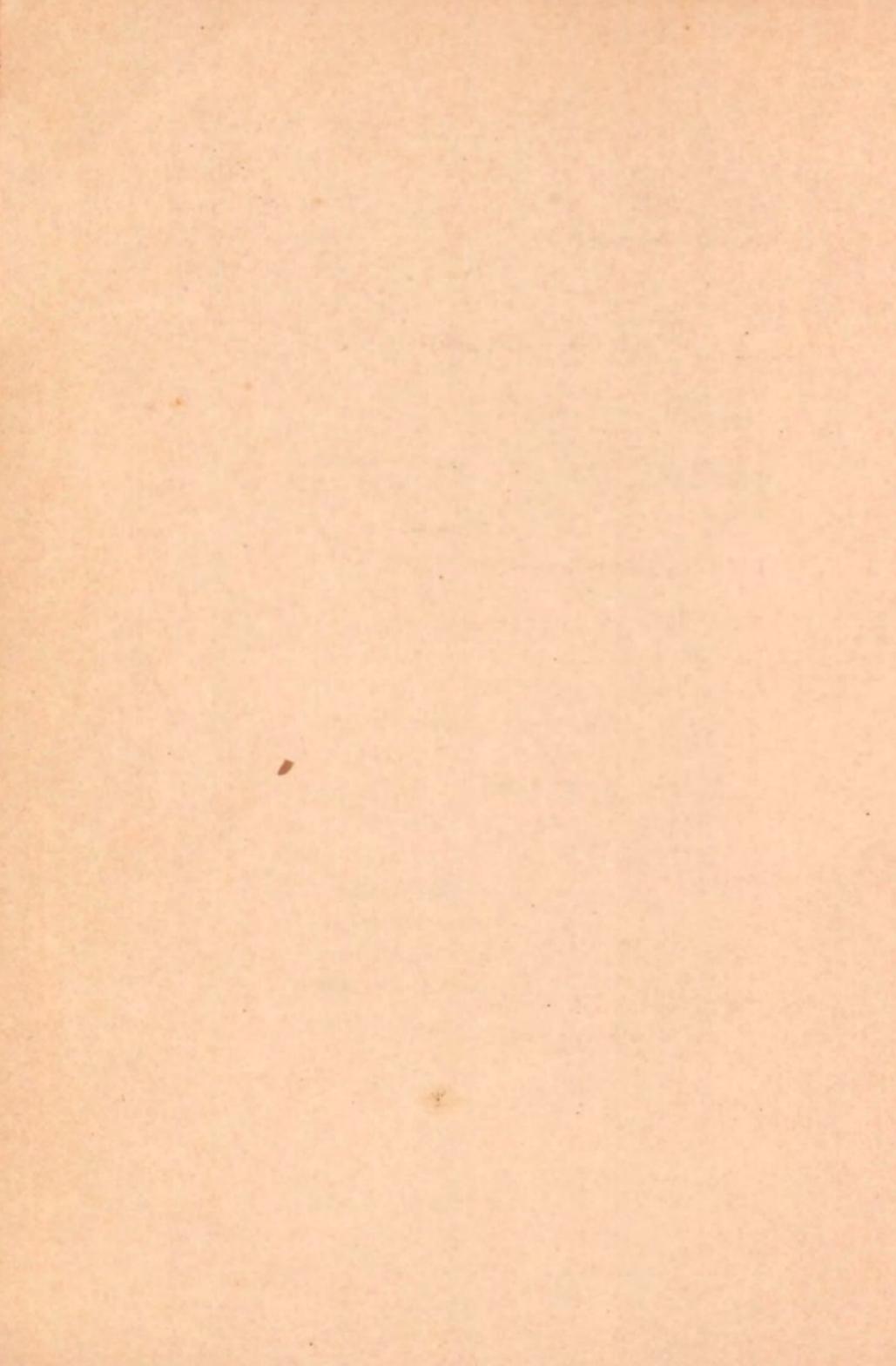
Y atraviesa el jardín, aquel que un día
La primavera engalanó con flores,
Y que hoy cubre la nieve que en las ramas
Parece de un sudario los girones.
Crujen las hojas secas
Como dolientes voces;
Reina frío glacial, reina el silencio
Y la profunda soledad impone.

"Adiós," dice á su hogar; "adiós" á todo,
Y nadie le responde:
Ellos duermen, no hay aves en los nidos
Y el agua congelada ya no corre,
Ni las desnudas ramas
Hace el vientón que choquen.
"Adiós, adiós," repite con angustia
Y ni el eco responde á sus adioses.

IX

Las santas dichas del hogar, á su alma
Llevaron el fastidio:
Halló su nido estrecho y buscó ansiosa
Otro árbol, otro bosque y otro nido.







CANTO SEGUNDO

I

Sobre duro peñón que el mar hirviente
Con sus espumas riega,
Alza un castillo su fachada obscura
Bordada por los musgos y las hiedras.

No sólo el triste buho
Que rasga con sus alas las tinieblas,
El nervioso reptil y la gaviota
Han hecho entre esos muros su vivienda.

El conde Eurico de Alba
En unión de su hija Doña Berta,
Ese castillo solitario habita
Alejado del mundo y sus grandezas.

En esas soledades
El conde busca para su alma enferma
La perdida salud, busca el olvido;
Pero el olvido, por su mal, no llega !

Y busca más aún: para su hija
La dicha con que sueña;
Quiere apartarla del festín del mundo
Donde se apura el cáliz que envenena.

Lejos de las ciudades, imagina
Que no existan las penas,
Que el desengaño con su hiriente dardo
Hasta esa triste soledad no llega.

Que el amor con sus alas diamantinas
No tocará á su Berta,
Que en aquel tierno corazón que adora
Jamás Cupido clavará sus flechas.

II

Sólo Simón, el viejo de la barba
Blanca como el vellón de las ovejas,
Que vió nacer al conde y le ha seguido
Al través de bonanzas y tormentas;

Alma noble más firme que el acero,
Conciencia honrada y recta.
Ave que sin manchar sus blancas plumas
Ha cruzado el fangal de la existencia ;

Y Luis, el pescador que con el alba
Viene cada mañana de la aldea,
Son los únicos hombres que los ojos
Logran mirar de la gentil doncella.

¿Quién podrá del amor entre sus labios
Verter el dulce néctar,
Arrebatarse el sueño de sus noches
Y encender en su pecho amante hoguera ?

¿Quién podrá en su oído las palabras
Que como ascuas queman,
Y hará latir su corazón, que aun vive,
Como en su concha la ignorada perla ?

¿Quién de loca pasión trazará en su alma
La imagen hechicera?
¿Y quién le enseñará el divino encanto
De dos seres que se aman y se besan?

Tranquilo se halla el conde. Nada teme.
No llegarán las penas
A su morada solitaria. Nunca
Conocerá el amor su amada Berta!

III

Cuando el cielo está azul; cuando las ondas
Sin encreparse juegan,
La hermosa niña en su ligera barca
Por el grandioso piélago pasca.

Es su barca tan linda, que parece
Que copia de Cleopatra la galera
Con que el Cidno cruzó para ir en busca
Del gran triunviro, donador de Atenas.

De un cisne el busto alabastrino y bello
La proa representa ;
De plata incrustaciones tiene el casco,
Y borda el oro las flotantes velas ;

Forma el timón una ave marfilina
Con las alas abiertas,
Y cubre el fondo del lujoso esquife
Una alfombra magnífica de Persia.

Simón y Luis, remeros de esa barea,
Sobre las ondas con amor la llevan,
Cantando el joven plácidas canciones,
Contando el viejo historias y leyendas.

Ya el uno de doliente barearola
Volar las notas en los aires deja,
Ya el otro de algún rey que no ha existido
Locos amores y aventuras cuenta.

Entre tanto la barca se desliza
Sobre las aguas tersas;
Borda el sol sus caprichos en las nubes
Y el alma de la niña ideales crea.

IV

Cuando canta sus tristes barcarolas,
Luis no aparta de Berta
Sus pupilas ardientes que parecen
Puntos de luz brillando en las tinieblas.

Hay un poder extraño en su mirada
Que hasta el alma penetra,
Y el germen de los sueños imposibles
Lleno de savia deposita en ella.

Son sus acentos dulces, como es dulce
La miel de las abejas,
Y tiemblan en su boca las palabras
Como en su tallo los capullos tiemblan.

Cuando se apaga la canción, la niña
Clava en él las pupilas con tristeza ;
Y las olas murmuran junto al casco,
Y solloza la brisa entre las velas.

Al sorprender Simón esas miradas
Fascinadoras, tiernas,
"Volvamos á la playa," gruñe rudo
Y arquea lleno de furor las cejas.

V

Reina la noche. Pálida la luna
Desata su luciente cabellera,
Que cae sobre el mar donde las ondas
Con los plateados filamentos juegan.

El castillo reposa ; mas de pronto
Una sombra en el muro se proyecta,
¿ Es acaso un fantasma de la noche
Que al dar la una abandonó la huesa ?

¿O es el alma de un náufrago que viene
Del mar á la ribera,
A ver el sitio en que dejó la vida,
Y con la vida su ilusión más bella ?

¡ Es un mortal ! Su marcha ha detenido.
La cítara descuelga
Que trae al hombro, y con ternura entona
Estas estrofas, cual la noche bellas :

“Duerme, cándida niña, los querubes
Junto á tu lecho velan ;
Ellos cierran tus párpados de rosa
Y cuando duermes con amor te besan.

“Duerme ; tras de los montes más lejanos
Se oculta la tormenta ;
No quiere el rayo perturbar el sueño
A que una virgen como tú se entrega.

“Duerme; las olas en la dura roca
Sin murmurar golpean :
No quieren despertarte porque saben
Que el cielo escalas cuando el mundo dejas.

“Duerme; que todo quedará en silencio
En tanto que tú duermas,
Y el ángel de tu guarda arrodillado,
Mientras reposas, velará á tu diestra.”

Mas no dormía la preciosa niña ;
De la canción aquella
Llegaban hasta su alma los acentos
Como de flor á flor el polen llega.

IV

Un sol de mayo espléndido agoniza
Entre nubes sangrientas,
Y sus últimos rayos, sobre el agua
Un río de oro palpitante dejan.

Impregnada la brisa de perfumes
Que arrancó á la pradera,
De espumas borda las movibles olas
Y empuja blanda las hinchadas velas.

El pez flexible de brillante escama
Sobre el agua se arriesga,
Traza en el aire caprichosa curva
Y al sol parece diamantina flecha.

El esquife de Berta se desliza
Sobre la mar serena,
Y con sus blancas velas desplegadas
Parece una garzota gigantesca.

Simón, el viejo de la barba nívea,
Refiere una leyenda,
En que un paje, gallardo como un príncipe,
Cautiva el corazón de una princesa.

Sin escuchar los jóvenes la historia,
Absortos se contemplan;
Todo á las glorias del amor convida
Y convida á decirse frases tiernas.

El viejo que pasó la última noche
Agitado y en vela,
Porque oyó la canción que se imagina
De futuras desgracias mensajera,

Se tiende cabe el borde de la barca
Y los párpados cierra;
Se apagan las palabras en su boca
Y en blando sueño sumergido queda.

“Ya estamos solos.—el mancebo exclama;
Ven á mi lado, Berta;
Quiero contarte mis tristezas hondas,
Quiero contarte mis profundas penas.

“Ven á mi lado, nadie nos escucha ;
Déjame arriar las velas ;
Me molesta la brisa que solloza
Al sentirse en las lonas prisionera.

“Ven, adorada mía ; que tu mano
Entre mis manos sienta,
Que reanimen tus frases á mi alma
Cual reanima el rocío á la flor muerta.

“Ven, que quiero sentirte ; que tus ojos
Me contemplen de cerca,
Que tu aliento me roce y que en mis brazos
Pueda estrecharte con pasión inmensa.”

Como del boa á la mirada extraña
Se rinde la gacela,
Se rinde Berta al férvido reclamo
Y temblorosa al pescador se acerca.

Oh! idilio sin igual: besos, miradas,
Palabras que no expresan
Lo que quiere decirse, y que los ojos
Unidos con los labios las completan;

Momentos de silencio que son notas
De suprema elocuencia;
Desmayos de placer, besos sin ritmo
Y corrientes de amor que el alma incendian;

Todo, en confusa unión, enlaza y junta
A la gentil pareja;
Se miran y sonríen, y sus cuerpos
De conmoción y de ventura tiemblan.

VII

Simón, de pronto, agítase, suspira,
Y los jóvenes piensan
Que á despertar se va. Trocado en odio
El amor del mancebo se revela.

Ira salvaje el corazón le muerde;
Nube negra, muy negra,
Cubre sus ojos, hacia el viejo salta,
Álzalo en vilo con hereúlea fuerza;

Ni un solo instante en su intención vacila;
En su crimen no piensa,
Y al anciano que aun duerme, enfurecido
A las traiciones de la mar entrega.

Con movimientos ágiles de tigre,
Iza las blancas velas,
Los remos toma en sus robustas manos,
Y á remar, lleno de vigor, empieza.

El buen Simón entre las tenues ondas
Azorado despierta;
La sorpresa, el terror, el frío mismo,
Arrancan á sus músculos la fuerza.

Quiere alcanzar la barea, y es en vano :
A la barea no llega :
Se hunde, vuelve á flotar, de nuevo se hunde,
Y al fin envuelto entre las ondas queda.

VIII

Berta, entre tanto, desmayada, lívida,
Sobre el alfombra persa
Yace como un cadáver. En sus brazos
Luis con transportes de pasión la estrecha.

Ha rasgado sus castas vestiduras
Para obtener que vuelva
Pronto á la vida, y con sedientos ojos
Su candorosa desnudez contempla.

Un pecho blanco rematado en rosa,
Su móvil curva ostenta :
Nívea paloma que en flexible rama
Suavemente la brisa balancea.

Los encendidos entreabiertos labios
Otros labios esperan,
Y la falda pegada sobre el cuerpo
Deja entrever las curvas de la pierna.

Los encarnados párpados desune
Con oriental pereza;
Del espantoso crimen la memoria,
No ha dejado en su mente ni una huella.

Hace un esfuerzo y mira: amante el joven
A su lado se encuentra.
Despierta entre caricias y entre besos
Y siente arder la sangre de sus venas.

Él, ebrio de pasión, olvidar quiere
La criminal escena
Que acaba de pasar. Dobra sus bríos
Y nuevo hechizo á su pasión agrega.

Todo convida á amar, todo convida
A un idilio sin tregua ;
Son jóvenes, ardientes, están solos
Y á los delirios del amor se entregan.

IX

¡Se han enlazado estambres y pistilos,
Se ha confundido el polen :
Su himno triunfal entona la materia
Con cascadas de besos por acordes !

X

¿Qué pasa que azorados se incorporan?
Él recoge las velas,
Ella las manos sobre el pecho junta,
Al cielo mira y con angustia reza.

Pardas nubes, penachos de ceniza,
Entre sus alas lleva
Furioso el vendabal, y el cielo invaden
Arrastrando en su seno la tormenta.

Las turbias aguas rugen,
Se agitan y se enrespan,
Y en su furor hasta el obscuro cielo
Quieren alzar sus espumosas crestas.

Relámpagos purpúreos
Orlan las nubes negras
De vívido arrebol, y las desgarran
Con su espada de fuego la centella.

El maderamen cruje, silba el viento
En las mojadas cuerdas,
Retumba el trueno, brama el oleaje
Y cielo y mar se miran y se retan.

Corren unas tras otras
Las olas gigantescas;
Se buscan, se persiguen, no se alcanzan,
Y en haz de espumas con fragor revientan.

La lluvia desde lo alto se desploma
 En gotas grandes, gruesas,
Que sobre el mar hirviente y proceloso
Con chasquido de látigos golpean.

Redoblan su furor los elementos ;
Arrecia el vendabal, la lluvia arrecia,
Crecen las olas, júnctanse las nubes
Y la profunda obscuridad aumenta.

Empinada en el dorso de las olas,
 La débil barca trepa,
Como en el férreo brazo de un gigante
Que al espacio arrojarla pretendiera.

Pero luego la quilla el curso tuerce
 Y hacia un abismo rueda :
Diríase que al fondo del océano
La arrastra ruda y misteriosa fuerza.

Y sigue cabriolando como un potro
Herido por la espuela ;
A cada nuevo salto, á cada tumbo,
Parece que se rompe ó que se vuelca.

Al palo que crepita en la carlinga
Se abrazan Luis y Berta,
Que con el alma fría como el cuerpo
La muerte, llenos de terror, esperan.

Con sangrientos matices, en su alma
El crimen se presenta,
Y en sus dolientes corazones linca
Su aguzado colmillo la conciencia.

Cada vez que un relámpago ilumina
La soledad inmensa,
Ven con espanto alzarse entre las olas
Al anciano Simón que los increpa.

Es él, él mismo, con su barba blanca
Y sus pobladas cejas:
Hacia ellos tiende sus crispados puños
Y, "asesinos," les grita con voz hueca.

Pero de pronto cambia, se transforma
En sonriente espantable calavera,
Que con gesto de burla y voz satánica:
"Venid,—les dice,—á la mansión eterna;

"Venid para saber, tiernos amantes,
Cómo se ama después de la existencia;
Cómo miran los cuencas ya sin ojos,
Y las bocas sin labios cómo besan.

"Venid, venid: bendeciré los lazos
De vuestra unión eterna:
En el fondo del mar nada perturba,
En el fondo del mar nada molesta."

Una ola gigante, una montaña
Rugiente, airada, negra,
Cayó sobre la barca, que en el seno
Se hundió del ronco mar, pedazos hecha.

XI

Reina la noche. Pálida la luna
Desata su brillante cabellera,
Que cae sobre el mar, donde las ondas
Con los plateados filamentos juegan.

El conde Eurico, en la empinada roca,
Al viento la rizada cabellera
Y saltados los ojos en que brilla
De la locura la expresión siniestra,

A su hija, lleno de pavor, aguarda,
A su hija que no llega ;
En toda la extensión del horizonte
No se mira ni un mástil ni una vela.

¡Cuánto ha sufrido aquella tarde, cuánto!
¡En su alma de ternura y amor llena,
Ha sido más siniestra, más terrible,
Que en el piélago airado la tormenta!

Mas, ¿qué vé? De sus labios brota un grito
De profundo dolor, de angustia inmensa:
¡Dos cuerpos confundidos, de las ondas
Sobre el espejo movedizo ruedan!

Mira, vuelve á mirar, y horrorizado
En el grupo contempla
A Luis, que oprime entre sus yertos brazos
A Berta, á su hija, á su adorada Berta.

FIN DEL POEMA

OBRAS DEL MISMO AUTOR

- HISTORIA DE UN AMOR—Poema.
- EN LAS PUERTAS DE LA MUERTE—Poema.
- PARA ELLAS—Poesías.
- APUNTES DE UNA VIDA—Novela.
- ¡MADRE!—Drama—(representado).
- POEMAS Y RIMAS—Poesías—(segunda edición).
- DIJES Y BRONCES—Cuentos y semblanzas—(agotada).
- EL IDEAL—Novela—(agotada).
- AVES DE PASO—Poesías.
- A COSTA RICA—Décimas.
- AMORES TRÁGICOS—Poema.

EN PREPARACION

Prosa

- EL CULTO DE LA PATRIA—Artículos sueltos.
- VANIDADES—Cuentos.

Poesía

- LÉSBICO—Poema.
- EN LA ESTEPA—Poema.
- INFANTICIDA—Poema.